

VERDAD ENMASCARADA

JOAN BARRIL

Cuando **Galileo** anunció la verdad de que la Tierra no era el centro del Universo conocido, el poder le hizo abjurar públicamente de esa conclusión. Hoy el poder ya no está necesariamente en un tribunal inquisitorial sino en la suma de las opiniones públicas. El gusto de las masas está por encima de la verdad y, como a **Galileo**, le corresponderá al tiempo poner las cosas en su sitio y permitir a nuestros nietos ser indulgentes con los actos fallidos de los que algún día fueron nuestros contemporáneos. El tiempo, ese gran escultor, decía **Marguerite Yourcenar**. Démonos tiempo y acabemos de una vez con esa lamentable certeza de que las cosas son tanto más ciertas cuanto mayor número de gente las cree.

Porque la verdad, ya sea de la ciencia o del arte, necesita ese tiempo de reposo en el que se decanta lo accesorio para que aflore lo bueno. **Van Gogh** no vendió ni un cuadro en vida y ahora las casas de subastas se dejan matar por ofrecer cualquiera de sus garabatos. **Flaubert** tuvo que pasarse más tiempo en los tribunales para defender su obra que escribiéndola. **Gaudí** aguantó las mofas de sus contemporáneos y esa incompreensión fraguó en los cimientos de sus obras. Lo más fácil de buscar la verdad consiste en exagerar el error. La opinión pública tiene cada vez más altavoces y la delgada línea entre el éxito y el fracaso depende de los gabinetes de prensa o del grado de crispación interesada de la sociedad. El medio, como dijo **McLuhan**, ya no es el mensaje sino el masaje. Sea por el papanatismo acrítico o el reaccionarismo a ultranza, lo cierto es que las cosas ya no se dejan para dentro de unos cuantos años. Se exige una respuesta inmediata, como si cualquier revisión tras nuestra muerte fuera una suerte de traición.

Dime cómo reaccionas ante algo y te diré quién eres. Los grandes trabajadores de la ópera, por ejemplo, son objeto de una curiosa hipersensibilidad de su público. Fulano no ha llegado a la octava. Le ha faltado un peldaño de aire para el *pinjol*. Lo mismo sucede con los ciclistas de alta competición. El primero gana en apoteosis. El segundo, a pocas décimas del vencedor, con los mismos kilómetros en las piernas, es considerado poco menos que un juguete roto. Al escritor que vende millones de libros claramente mejorables se le cubre de premios mientras que al que configurará la estética literaria del futuro se le ignora.

Pero los errores van por barrios. A **Rodríguez Zapatero** se le olvidó desconectar el micrófono y supimos de su error en economía. Meses antes fue **Aznar**, en el Parlamento Europeo, el que cometió un error de diplomacia. También **Rigol** fue sometido a una injusta picota por la locuacidad de la megafonía. Este fin de semana ha sido **Trillo** el que ha gritado vivas a Honduras ante las tropas de El Salvador, ancestralmente enfrentadas a su país vecino. Cuando esto sucede, el error pasa de anécdota a categoría. Es una manera de ocultar los grandes errores de la historia. Un quiebro de voz no altera la música. Una afirmación astronómica no cambia los astros de sitio. Pero una guerra injusta no puede distraerse y camuflarse con un gag propio del gran **Miguel Gila**.